

CRONICAS DEL LUCHO MENDEZ EN LA IBM

19 LA EMIGRACION A BRASIL

Al fin después de un año se estaba cumpliendo nuestro ingreso al país que nos ofreció cobijarnos cuando estábamos perdiendo el trabajo en la IBM de Chile.

Nuestro ingreso a Rio de Janeiro comenzó caótico en una noche con record de calor de varios grados sobre los 40 de temperatura, alto grado de humedad y sin aire acondicionado en el aeropuerto. Nuestra visa era de inmigración por lo que los trámites fueron más largos y tomaron casi 3 horas de intenso sauna en plena noche.

Como éramos 5 personas y muchas maletas contratamos una kombi del aeropuerto para nuestro traslado hacia el hotel Luxor en Copacabana donde nos informaron que este sistema informal era muy peligroso.

Así comenzaba el regreso a “nuestro país de origen” sin saber nada de nada ni tampoco su idioma.

Nos dieron un par de días para que buscáramos colegios para nuestros niños. Los chilenos que habían llegado antes nos recomendaron varios colegios. Después de diversas entrevistas en un idioma desconocido los pudimos matricular: la Pía en Notra Dame de garotas y Luis José en el Santo Agostino de garotos. La Pamelita todavía no iba al jardín infantil.

Al tercer día comencé a trabajar en la oficina y Mónica tuvo que seguir sola con el complejo proceso de incorporación a los colegios, buscar uniformes, compra de listas de libros y útiles escolares de nombres completamente desconocidos y complicados, contratar transporte escolar, etc.

La parte más pesada de esta brusca adaptación les tocó a nuestros niños estudiantes quienes comenzaron inmediatamente a recibir la educación desde un lenguaje ininteligible, colegas desconocidos, clima agobiante, viviendo en un hotel, etc. Sin embargo, esta dura aclimatación se transformaría en una experiencia enriquecedora de sus vidas.

EL FALLIDO CURSO DE PORTUGUES

Para una adecuada introducción al trabajo, a los empleados no brasileros que estábamos llegando nos enviaron a seguir un curso de portugués en un instituto americano.

Lamentablemente el verbo que usaban para enseñar los distintos tiempos gramaticales era semear (sembrar) que nos hacían conjugarlo en todos los tiempos. Los chilenos no podíamos aguantar la risa cuando nos tocaba conjugarlo: el semeia (siembra), el semeiaba (sembraba), el semeiará (sembrará) etc.

Por este motivo la clase con los chilenos se nos transformaba en una continua chacota ya que no se aguantaba la risa y la profesora no entendía porque no nos integrábamos. Yo tuve que desistir del curso porque no lograba concentrarme y sentía que estaba perdiendo el tiempo. Al mismo tiempo notaba que mi oído lentamente se estaba acostumbrando al portugués.

A mí me tocó trabajar en la tesorería de la compañía que quedaba en una oficina lejana de la sede central en la calle Río Branco, en uno de los edificios más altos de la ciudad que se llamaba precisamente el Big en el piso 23. Me asignaron un escritorio al lado de la ventana que era de vidrio muy delgado desde el cielo al piso sin ninguna protección de metal. Acostumbrado a los temblores y terremotos chilenos me sentía muy nervioso en mi lugar de trabajo aunque me juraban que nunca temblaba en Brasil. Por seguridad yo me mantenía muy alerta evitaba acercarme a la ventana y tenía siempre todo dispuesto por si acaso temblara.

Sólo tenía contacto con brasileros por lo que me vi obligado a aprender el portugués a máxima presión y me iba dando cuenta que no es tan distinto al español, salvo que muchas palabras son iguales pero tienen significados diferentes: El largo es ancho, la cueca es el calzoncillo, el billete es una nota escrita, el mozo es el joven, exquisito es rebuscado de malo, la Pía, nombre de nuestra hija es el lavaplatos por lo que tuvimos que llamarla por su primer nombre, Mónica y cuando más se ríen los brasileros es cuando uno dice que tiene una picadura. La ortografía es aún más terrible porque hay muchas b largas que son v cortas y muchas eses que son ces o zetas, además de los acentos graves, agudos, cedillas y la famosa colita de las c. Estos cambios me echaron a perder mi ortografía en castellano que era muy buena y que ahora tengo que pensar mucho para decidir la letra correcta.

Los nuevos colegas me acogieron muy bien y conseguí comunicarme medianamente hasta lograr integrarme completamente en el trabajo.

Dado el carácter cosmopolita del personal de la compañía había muchas reuniones que se desarrollaban trilingües en inglés, portugués y español en las que comúnmente me tocaba actuar de intérprete.

LA DEMORA DE LA VISA DE TRABAJO

Cuando llegamos a Brasil desde Argentina los chilenos Luis Méndez Reyes junto a Gustavo Guerra Pérez y Julio Velasco Ceballos se iniciaron los trámites de nuestras visas que normalmente demoraba entre 1 y 2 meses, mientras tanto no éramos empleados de IBM Brasil sino que continuábamos siendo empleados de LA y seguíamos viviendo en hoteles con gastos pagados y recibiendo sueldo en dólares.

Pasaban los meses y las visas de Guerra, Méndez y Velasco no salían hasta que al sexto mes el encargado de las visas de la oficina del gobierno les dijo que todavía no estaban pero que había unas rezagadas de Pérez, Reyes y Ceballos que nadie las iba a retirar. Esta bendita demora nos permitió un buen ahorro porque nos seguían pagando todos los gastos.

NUESTRA LLEGADA A PETRÓPOLIS

Con mi familia no nos acostumbramos a vivir en el Luxor de Copacabana por el alto nivel del ruido incesante de los escarabajos VW que corrían de día y noche por la avenida Atlántica y el excesivo calor que no nos dejaba dormir. Además mi hija Pía se demoraba casi 2 horas en regresar del colegio al hotel por la congestión vehicular, pese a que eran sólo unas pocas cuadras.

Al segundo mes nos trasladamos al hotel Sol de Ipanema que se estaba inaugurando a 2 cuadras de la playa en que había algo de tranquilidad.

Los fines de semana comenzamos a subir a la ciudad de Petrópolis que queda a 65 km. De Río y a 1000 metros de altura. Cuando llegábamos allá comenzábamos a sentir que los tímpanos empezaban a readecuarse al silencio. Descubrimos que el

clima era 10 grados menos, no había ruido y lo más importante, se podía vivir en casa en vez de departamento pero, con el grave inconveniente del aumento del tiempo de viaje a la oficina de una hora y media de bajada y dos horas de subida.

Al tercer mes, en vez de seguir viviendo en hotel en Río nos decidimos a irnos a vivir a Petrópolis.

Le propuse esta idea al director de Finanzas para que me autorizara a documentar todos mis gastos, en vez presentar la factura del hotel y que al final se gastaría menos de la mitad. Me autorizó el sistema y me felicitó por la decisión que demostraba que éramos mucho más valientes que los cariocas.

Varios fines de semana anduvimos visitando casas hasta que llegamos a una en el barrio Quitandinha en que nos acompañaba Reynolds y familia. Nos habían entregado la llave y al tocar el timbre nos contestaban ¡Ya voy!. Hicimos numerosos intentos y siempre contestaban lo mismo pero nadie venía a abrir la puerta. Como no pasaba nada nos decidimos y entramos encontrándonos adentro con un hermoso e inmenso papagayo tipo araras quien nos recibió efusivamente dándonos la cordial bienvenida en portugués.

Al final arrendamos esta casa y matriculamos los hijos en el colegio Aplicación de la PUC de Petrópolis favoreciendo de esta modo la calidad de vida de la familia. A mí me tocó absorber el mayor tiempo de traslado a la oficina de 90 minutos adicionales.

Pese a que todos los amigos y conocidos nos decían que estábamos locos, los porfiados nos fuimos a vivir a Petrópolis donde lo pasamos maravillosamente bien.

Resultó ser una ciudad mucho más tranquila, sus habitantes eran muy amables y fuimos muy bien acogidos.

Cuando andábamos de compras y no encontrábamos lo que queríamos, en los próximos días nos estaban llamando para informarnos que nos habían conseguido lo que buscábamos. Si nos gustaba algo y andábamos sin plata nos dejaban llevarlo para pagarlo cuando pudiéramos. Una vez me gustó un auto y me dejaron usarlo el fin de semana para decidirme, sin firmar ningún papel. Nos hacían sentir que, aún sin conocernos nos daban toda su confianza, mostrando que esta es una característica de pueblo chico.

CAMPEONES MUNDIALES DE TENIS

Al llegar a Petrópolis nos hicimos socios del club Hotel Quitandinha vecino de nuestra casa que tenía extensos jardines, piscina externa e interna, restaurant interno y externo, bar, salón de té, juego de bolos, salón de espectáculos, cine, cancha de futbolito y sala de saltos de caballo, etc. En esta última se veía al general Geisel practicando equitación, cancha que dejó de usarse cuando él asumió la presidencia del país en Brasilia. Esta cancha estaba sobre 2 antiguas canchas de tenis.

Un grupo de socios solicitamos a la dirección del club que repusieran las canchas de tenis para aumentar la cantidad de socios. Accedieron a nuestro pedido y nos pidieron que redactáramos los estatutos de la rama de tenis.

Al leerlos me pareció utópico que en los objetivos se incluyera: “organizar campeonatos mundiales de tenis” ya que teníamos apenas 2 canchas y así se los comenté a los organizadores. Estos me respondieron que en Brasil siempre hay que pretender los objetivos máximos para poder lograrlos. Con esto me expliqué porqué los brasileros siempre están ganando los campeonatos mundiales de cualquier disciplina, porque lo llevan en su ADN.

COMO LLEGAMOS A SER SUBDITOS DE LA CASA REAL

Cuando finalmente logramos obtener la visa de trabajo y pasamos a ser empleados de Brasil se nos bajó el sueldo a la mitad, se acabó el pago del arriendo, los gastos de colegios de los hijos, el sobresueldo por vivir en otro país, etc. Peor era el caso mío que llevaba 2 años sin aumento de sueldo por mi baja evaluación chilena.

En todo caso teníamos derecho al pago de un bono para comprar un auto que lo juntamos con lo ahorrado en los 6 meses sin visa y nos alcanzó para pagar el pie de la casa que estábamos arrendando en Quitandinha, donde después vivimos felices 6 años.

Al comprar la casa nos enteramos que no éramos dueños del terreno porque todo el suelo de Petrópolis pertenecía a la casa real de los Orleans y Braganza descendientes del emperador Don Pedro II y que mediante el pago del 2,5% de impuesto laudemio ellos nos autorizaban el usufructo del terreno donde se había edificado la casa. Los cariocas nos comentaban que nos habíamos convertido en súbditos de la casa real porque habíamos contribuido con el pago del laudemio para que la nobleza continuara con su vida de zánganos.

MI USO DEL TIEMPO DE VIAJE

La gran desventaja de la hora y media adicional de viaje diario, con el tiempo logré convertirla en una real ventaja.

Tomaba el bus a las 7 AM en el porch del Hotel Quitandinha a dos cuadras de la casa donde me dejaba Mónica, que iba transportando a los niños en sus tres viajes diarios hacia al colegio que quedaba en el centro a una distancia de 15 kms.

El bus comenzaba a descender por la carretera en medio de la espesa vegetación tropical cuyas ramas de los árboles se entrelazaban en lo alto casi tapando el sol.

El camino serpenteaba bajando en continuas curvas los 1000 metros de desnivel con el plano de la ciudad de Río de Janeiro. Este tramo que demoraba como 45 minutos yo lo usaba para observar con pleno detenimiento cada uno de los árboles, las plantas, sus flores, su fauna, su crecimiento y evolución, que me hacía conectarme profundamente con la naturaleza.

Especial atención tenía con mi árbol predilecto que surgió justo en el medio de una tremenda roca donde crecía muy lentamente, esperando que con su perseverancia algún día lograría partir la piedra para poder liberarse y crecer a voluntad.

Así practicaba mi propio método de concentración y meditación personal. Ya en el plan durante los próximos 15 minutos los usaba para salir del trance en que estaba. En los próximos 30 minutos cuando el bus ingresaba al taco de la avenida Brasil, carretera de 10 pistas por lado siempre colapsada que conecta con Sao Paulo, en vez de sufrir con los inconvenientes del taco, sacaba los documentos de trabajo del día anterior y me dedicaba a estudiarlos e ir resolviendo los problemas involucrados. Así

llegaba a la oficina lleno de energía y con todos los problemas analizados y listos para ser resueltos, lo que me hacía ser altamente efectivo.

Al comienzo arribábamos al terminal donde teníamos que tomar otro bus o taxi para llegar a la oficina. Posteriormente después de un año ya nos conocíamos todos y procedimos a arrendar un bus privado con aire acondicionado el cual nos dejaba en la puerta de la oficina, de ida y de vuelta.

Al regreso en la tarde ya en la oscuridad me subía al bus y el cansancio me vencía quedándome dormido a los pocos minutos. Al final cuando el bus giraba para ingresar al hotel yo automáticamente despertaba y me bajaba somnoliento. Esta rutina era tan mecánica que cuando viajaba algún pasajero nuevo le apostaban que yo iba a despertar en el momento que el bus girara hacia el hotel. Al abrir los ojos me terminaba de despertar con el aplauso de los acompañantes que celebraban el desenlace de la apuesta.

Este sistema me resulto muy cómodo y me sirvió para rendir al máximo y sin estrés en mis demandantes actividades profesionales cotidianas.

Este mismo recorrido lo hacíamos cada cierto tiempo cuando decidíamos bajar a la playa durante los fines de semana.

ALEGRIA, ALEGRIA: EL CARNAVAL

El carnaval en Río era una fuente de incomodidades por la llegada de millones de turistas y el desfile de las escuelas de samba que impedían el tránsito en la ciudad. La mayoría de los cariocas aprovechaban de tomar sus vacaciones en esa época para evitar sufrir con esos inconvenientes.

Completamente distinto era el carnaval en Petrópolis que se vivía en forma familiar y que nos tocó gozarlo a nosotros varios años.

Durante las tardes se asistía al hotel Quitandinha o a otros clubes de la zona, con nuestros hijos todos disfrazados quienes bailaban sin parar hasta las 8 de la noche.

A las 23 horas comenzaba el carnaval de los adultos hasta el otro día quienes participábamos disfrazados o con vestidos formales.

Se bailaba sin parar con 2 orquestas en un proscenio circular en que cada media hora este se giraba y aparecía la otra orquesta tocando la misma melodía y así se pasaba toda la noche en un ambiente familiar y de sana alegría. Si algún participante se excedía en algo inmediatamente lo sacaban los guardias que estaban siempre atentos.

La gente de todas las edades bailaba, bailaba y bailaba, con sus parejas, con sus grupos, o solos, mostrando una felicidad contagiosa extraordinaria. Tanto baile sin parar producía mucha pérdida de líquidos los cuales se reponían con cerveza brasilera que tiene muy poco alcohol y que la hace inofensiva.

En las calles de Petrópolis también existían los desfiles y los bailes, todo controlado sin los excesos que se veían en Río.